

construcción de barcos pero también como medio de transporte de tropas y pertrechos a través del ferrocarril.

Este avance técnico tan importante inaugurará una nueva fase en los siglos XIX y XX en que la guerra evolucionará a un ritmo muy acelerado gracias a continuos avances en cada uno de sus elementos y componentes. Así, cada una de las armas se mejora y moderniza permitiendo, por ejemplo, el desarrollo de modernas ametralladoras automáticas a comienzos del XX o la creación de armas ligeras como el revólver a mediados del XIX. Del mismo modo, el trabajo de técnicos y científicos permitirá, en el inmenso laboratorio que sería la I Guerra Mundial, el desarrollo de los primeros modelos de aviación de guerra, de carros de combate blindados o de nuevas armas y estrategias como la guerra química. Todo este tipo de ingenios se desarrollará enormemente en la primera mitad del siglo XX, alcanzando en la II Guerra Mundial una capacidad mortífera y de destrucción nunca antes alcanzada en ninguna forma de guerra convencional. Este cambio devaluará el peso del factor humano en los ejércitos, potenciando como factor decisivo el control y desarrollo de este tipo de tecnologías de la muerte.

Esta evolución probablemente alcance su punto culminante en la segunda mitad del XX, cuando el desarrollo de armas de destrucción masiva como el armamento nuclear sea la clave no ya del conflicto armado, sino de las relaciones entre Estados como factor de diplomacia y disuasión. Esta nueva etapa, iniciada en la Guerra Fría, nos permite distinguir de una parte entre la carrera de armamento a gran escala como factor disuasorio y, de otra, la proliferación de guerras regionales, más convencionales, controladas a través de intereses de terceros países o, incluso, por empresas y compañías que aplican el modelo de capitalismo neoliberal también a la industria de la guerra, inaugurando un nuevo proceso que aún no sabemos hasta donde pueden alcanzar.

La obra, en su conjunto, constituye una síntesis muy lograda de la evolución de las distintas formas de guerra en los últimos cuatrocientos años, haciendo especial hincapié en las fórmulas organizativas de los ejércitos y en el desarrollo tecnológico de las distintas armas y elementos materiales. Precisamente, este carácter sintético impone un tratamiento limitado de cada una de las distintas temáticas tratadas, por lo que se

sacrifica una cierta profundidad en temas que lo demandan, por ejemplo en las consideraciones de carácter geoestratégico o de relación con los intereses de los distintos Estados en pugna, para ofrecernos un pequeño manual de introducción a la historia militar que puede resultar muy útil para diversos enfoques disciplinares. En cualquier caso, su lectura resulta muy recomendable pues permite comprender y analizar de forma mucho más certera determinadas claves de las relaciones internacionales en las últimas centurias, a la par que es una obra de consulta muy adecuada para el análisis de cualquier conflicto bélico.

Morla Lynch, C., *España sufre. Diarios de guerra en el Madrid republicano, 1936-1939*. Salamanca, Editorial Renacimiento, 2008, 830 pp.

Por Rafael Zaragoza
(Universidad de Cádiz)

Tras la defensa de una supuesta República liberal y democrática -inexistente al final- por parte de la historiografía afecta a la izquierda española no se encuentra sino el afán por legitimar el comportamiento antidemocrático de uno de los dos bandos que llevaron a la mayoritaria tercera España liberal a la guerra: el bando frentepopulista, un conglomerado de fuerzas jacobinas y revolucionarias bajo la coordinación de Stalin.

No en vano la legitimidad democrática republicana había comenzado a tambalearse tras la revolución izquierdista del 34, las irregulares elecciones del 36, la quiebra de la legalidad durante la llamada “primavera trágica”, el cese anticonstitucional del Presidente de la República y el asesinato de uno de los jefes de la oposición bajo el amparo del gobierno frentepopulista, entre otros sucesos. Y se había desmoronado con la decisión gubernamental de dar armas a organizaciones particulares.

Como señala Stanley Payne en el Prólogo de *La guerra civil española* de Burnett Bolloten (Alianza, 1989), ya durante la propia guerra civil, “los partidarios y propagandistas de la revolución la presentaron sistemáticamente como algo completamente distinto a lo que era”, pues percibían la importancia del apoyo internacional. Algo que por otra parte ya había demostrado el propio Bolloten desde *El gran engaño* (Hollis and Carter, 1961).

Pero tras 30 años de imposición historiográfica franquista, será sobre todo entre finales de los 60 y la década de los 2000 (en la que empiezan a cambiar las cosas), cuando en virtud del creciente poder académico y mediático del progresismo, se logrará instalar en la sociedad española la imagen de un Frente Popular democrático, gracias entre otros manejos, al ocultamiento sistemático de los testimonios que hablaban a las claras del intento de imposición violenta de las utopías izquierdistas, especialmente incómodos cuando éstos provenían de intelectuales auténticamente republicanos.

Es el caso, entre otros, del libro que aquí reseñamos, *España sufre*, de Carlos Morla Lynch, relegado al olvido durante casi 70 años. Escrito en Madrid entre 1936 y 1939, los años del sitio, no ha sido publicado hasta el año 2008 por la Editorial Renacimiento, con prólogo de Andrés Trapiello, su valedor y quién dio a conocer la importancia de su valor documental, el más importante del Madrid en guerra, según este escritor.

Carlos Morla era un diplomático chileno, destinado en Madrid en aquellos años. Personaje de vida mundana, culto y de porte aristocrático, aunque liberal y dado a mezclarse en garitos y conversar con gentes de todo tipo, dado su carácter expansivo. Casado con María Manuela Vicuña, Bebé en el diario, se separó de ella tras la muerte de sus dos hijas (tenían tres hijos y sólo sobrevivió el niño, Carlos), aunque permanecieron viviendo bajo el mismo techo de una manera civilizada e incluso afectuosa, pues en no pocas ocasiones Morla habla en el libro de su admiración por aquella mujer guapa y de fuerte carácter.

Amigo íntimo de Lorca, desde su llegada a Madrid en 1928 convirtió los salones de su casa, como antes había hecho en París, en un centro literario por donde pasaron todos los escritores de todas las Españas: Desde Alberti y Neruda, pasando por Cernuda, Salinas o Guillén, hasta Gerardo Diego y d'Ors.

La guerra sorprende a Morla en su destino de Madrid: allí sigue escribiendo su diario en medio de una ciudad bombardeada, donde rige la ley de los tribunales populares, las checas y los milicianos en armas practicando el terror, y en la que sus calles, tapias, y cunetas aparecen sembrados de cadáveres. En fin, una ciudad donde ocurren toda clase de atrocidades toleradas o alentadas por organizaciones de

izquierdas e incluso por la prensa, como ocurre con el célebre *El Mono Azul*, periódico de la Alianza Antifascista de Intelectuales, dirigida por Alberti y Bergamín, donde había una sección, "A paseo", cuyo título en ese contexto, no podía ser sino una incitación a la persecución de intelectuales enemigos.

Precisamente uno de ellos, el escritor falangista amigo de José Antonio, Sánchez Mazas, será acogido como uno de los más de 2000 refugiados que Morla llegó a amparar a lo largo de la guerra en los edificios de la embajada chilena. El día a día en la embajada, y sobre todo en su casa, donde llega también a albergar a más de 50 refugiados, será el leitmotiv de *España sufre*, así como las intensas actividades que Morla desarrolla fuera para salvar vidas: hablar con los principales autoridades republicanas, parlamentar con los milicianos que vigilan la embajada, siempre en peligro de ser asaltada, buscar comida, negociar el canje de prisioneros, acudir a las diferentes reuniones diplomáticas, viajar en misión de socorro, planificar evacuaciones y hasta organizar una peligrosa mudanza con sus refugiados, tras un bombardeo. Además, a ratos, Morla toca el piano, juega al póker, bebe una copa o acude a garitos y rincones de Madrid, donde saluda a sus innumerables amigos populares, lo que le permite trasladarnos la vida cotidiana de las gentes de la ciudad, aumentando así el interés testimonial de sus anotaciones de hombre neutral dispuesto siempre a salvar la vida de los perseguidos que huían de los paseos y las checas. Lo mismo que hará con los republicanos que se lo pidan en 1939, tras la entrada de Franco en Madrid.

Morla se da cuenta del valor testimonial de sus diarios. Sabe que si cayeran en manos de los "hunos y los otros", como él dice, su vida correría peligro. No en vano, si bien en un principio se muestra inclinado a favor del gobierno, termina sosteniendo: "yo considero el triunfo de cualquiera de los dos bandos como un desastre" (p. 171). Lo cual lo convierte en uno de los primeros representantes intelectuales de una tercera España liberal y democrática. Pero, como se ha dicho, no el único. Otros han ido saliendo a la luz o han tomado relevancia en los últimos años. Todos ellos autores de obras con las mismas características de *España sufre*: fueron escritos durante la guerra, pero no han sido publicados en España hasta los alrededores de los años 2000; aunque desconocidos, todos ellos son de lectura obligada para los que

quieran introducirse en la guerra civil española; están escritos por republicanos, lo que potencia la credibilidad de su testimonio; están vistos desde una posición liberal, que condena tanto a fascistas como a revolucionarios y todos ellos son imprescindibles para conocer la actuación de una gran parte de la izquierda en la guerra.

Por ejemplo el caso de José maría Chacón y Calvo, tan parecido al de Morla, diplomático cubano del Madrid de 1936, y también autor de unos diarios ajenos al rojo y azul de aquella España, *Diario íntimo de la Revolución española* (Verbum), escrito entre julio y noviembre de 1936 y publicado en España en 2009. También el del periodista y escritor de excelencia Chaves Nogales, cuyo *A sangre y fuego* (Espasa), catalogado por su prologuista como perteneciente a la imposible tercera España, fue escrito en 1937 y publicado en España en 2009. Asimismo el de Pío Baroja, autor de *Ayer y hoy* (Caro Raggio), una serie de artículos y ensayos muy crítico con los dos bandos en lucha, que se escribe en 1938 y no se publica en España hasta 1998.

O por último el de Clara Campoamor, también como el resto de los anteriores a excepción del diplomático Chacón, huida de la zona “republicana”, que escribe *La revolución española vista por una republicana* (Espuela de Plata), donde no sólo cuenta el terror del Madrid del 36 sino que analiza el origen de la guerra y condena el totalitarismo que domina en ambos bandos. Fue publicado en francés en 1937, aunque en España no se publica hasta el 2005.

Otros muchos autores, en uno u otro momento, condenan los extremos tanto de la derecha como de la izquierda, aunque en algunos casos, por razones diversas, decidan permanecer más cerca de unos que de otros o viceversa: Moreno Villa, Gómez de la Serna, Cansinos Assens, Ortega y Gasset, Marañón, Pérez de Ayala, Rosa Chacel, Cernuda, Guillén, Madariaga, Américo Castro, Sánchez Albornoz, Corpus Barga, Juan Ramón Jiménez, Ramon J. Sender, Gaziol y otros muchos.

La mayor parte de ellos se marcha pronto de la España “republicana”, porque como llamó la atención Julián Marías, la gran mayoría de la emigración intelectual española se produce en 1936, a principios de la guerra, y no en 1939, al final.

Núñez Florencio, Rafael, *El peso del pesimismo. Del 98 al desencanto*. Madrid, Marcial Pons, 2010, 473 pp.

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez
(Universidad de Cádiz)

Tras una importante ausencia en la historiografía tradicional española, los estudios sobre historia cultural, entendidos como un análisis más complejo de las sociedades a partir de sus manifestaciones culturales, han comenzado a tener un hueco importante en la producción historiográfica española de los últimos años. En este sentido, las tradicionales investigaciones basadas en el análisis y comentario de la producción literaria o científica de una época, han dado paso a investigaciones en que esto se pone en relación con otras artes, con las distintas circunstancias históricas y con los distintos factores que marcan a una colectividad en un momento dado, prestando atención al estudio de las mentalidades y de las identidades colectivas.

En este sentido, manifestaciones culturales de lo más diversas (desde las grandes obras de la literatura y el arte clásicos a las manifestaciones más populares) han sido objeto de análisis para configurar la idiosincrasia de las colectividades, las constantes culturales que en definitiva marcan, al menos en cierta medida, su comportamiento y devenir histórico. De esta forma, épocas como el Siglo de Oro han contado con interesantísimas interpretaciones en claves novedosas de sus realidades culturales y religiosas (piénsese en las fantásticas “formas complejas de religiosidad” estudiadas por Caro Baroja). Con los cambios pertinentes, muchas de estas metodologías comienzan asimismo a asentarse en el mundo del contemporaneismo, ayudando a comprender realidades y situaciones tradicionalmente analizadas desde prismas excesivamente mecanicistas.

La obra que tenemos entre manos es probablemente una de las aportaciones más destacadas a esta variedad de historia cultural que venimos glosando para la Edad Contemporánea española, pues si bien no pretende radiografiar en su conjunto el desarrollo de una forma de mentalidad concreta, sí permite el acercamiento a una de la que podemos considerar una de las características de mayor influencia en el imaginario colectivo español, al menos durante el siglo XX.